

no vale nada), respondí con estos dos admirables versos de Pompeyo:

Restes d'un demi-dieu dont jamais je ne puis
Egaler le grand nom, tout vainqueur que j'en suis.

Admiremos, amemos lo bello, mi querido amigo, donde quiera que esté; detestemos los versos visigóticos con que nos abruman hace ya largo tiempo, y burlémonos de lo demás. Las pequeñas cábalas no deben asustarnos: las hay siempre en la corte, en los cafés y entre los capuchinos. Racine murió de pesar, porque los jesuitas habían dicho al rey que era jansenista. Han podido decir al rey, sin que yo me muera, que era yo ateo, porque hice decir á Enrique IV:

Je ne décide point entre Genève et Rome.

Decido con vos que hay que admirar y estimar las piezas perfectas de Juan y los inimitables trozos de Pedro. Yo, que no soy ni Pedro ni Juan, hubiera querido enviaros las *Leyes de Minos*, que se representarán ó no en vuestro teatro; pero han querido hallar en ellas alusiones y alegorías y me he visto obligado á quitar lo más picante y á echar á perder mi obra para hacerla pasar. No he tenido otro fin al imprimirla que el de hacer, como vos, notas que no valdrán tanto como las vuestras, pero que serán curiosas.

Ya oiréis hablar de ellas dentro de poco.

Adiós, el viejo enfermo de Ferney os abraza bien fuerte.

Á M. DE LA HARPE

Ferney, 19 de Abril de 1773

Prestáis hermosas alas á ese *Mercurio* que ni siquiera

era galante en tiempo de Visé, y que gracias á vuestros cuidados se ha convertido en monumento de gusto, de razón y de genio.

Vuestra disertación acerca de la oda me parece una de las mejores odas que poseemos. Dáis el precepto y el ejemplo. Es lo que yo aconsejé largo tiempo á los periodistas; ¿pero es posible aconsejar á uno que tenga talento?

Vuestras traducciones de Horacio y de Pindaro prueban demasiado que hay que ser poeta para traducirlos. M. de Chavanon era muy capaz de darnos á Pindaro en versos franceses: y si no lo ha hecho, es porque trabajaba para una sociedad literaria que se preocupaba del conocimiento de la lengua griega y de los antiguos usos que de nuestra poseía.

Creo que no se cantaron las odas de Pindaro sino una sola vez, y eso en alguna ceremonia, el día en que se celebraba á los caballos de Hierón ó á algún héroe que había vencido á puñetazos. Pero tengo motivos para creer que se repetían con frecuencia en la mesa las canciones de Anacreonte y algunas de Horacio: una oda es una canción; es uno de los atributos de la alegría.

Tenemos en nuestra lengua cancioncitas sin número que valen tanto como las de los griegos y que el mismo Anacreonte hubiera cantado, como ya se ha dicho con mucha razón.

Toda Francia, en la época de nuestro adorable Enrique IV, cantaba *Charmante Gabrielle*, y dudo mucho que entre todas las odas griegas se encuentre mejor estrofa que la segunda de esta canción famosa:

Recevez ma couronne,
Le prix de ma valeur,
Je la tiens de Bellone,
Tenez-la de mon cœur.

Con respecto á la música no podemos establecer comparación; pero tengo muy serias razones para creer que la música griega era tan sencilla como la nuestra, y que se parecía algo á nuestros villancicos de Navidad y á algunos aires del canto gregoriano. Me lo hace creer que el Papa Gregorio I, aunque nacido en Roma, era originario de una familia griega, y substituyó la música de su patria á los brauidos de los occidentales.

Con respecto á las odas pindáricas he visto con placer en un ensayo de suplemento á la empresa inmortal de la Enciclopedia que se citan en él trozos sublimes de Quinault, que tienen todo el vigor de Píndaro, conservando, sin embargo, esa feliz naturalidad que caracteriza al fénix de la poesía cantante, como le llama La Bruyère.

Chantons dans ces aimables lieux
 Les douceurs d'une paix charmante;
 Les superbes géants, armés contre les dieux,
 Ne nous donnent plus d'épouvante.
 Ils sont ensevelis sous la masse pesante
 Des monts qu'ils entassaient pour attaquer les cieus.
 Nous avons vu tomber leur chef audacieux
 Sous une montagne brûlante;
 Jupiter l'a contraint de vomir á nos yeux
 Les festes enflammés de sa rage expirante.
 Jupiter est victorieux,
 Et tout cède á l'effort de sa main foudroyante.
 Chantons dans ces aimables lieux
 Les douceurs d'une paix charmante¹.

El hermoso arte de la declamación con sus recitados daba nuevo realce á estos versos heroicos, llenos de imágenes y de armonía. No sé si es posible llevar más lejos dicho arte que en la última escena de *Armida*, y

1. *Proserpina*, acto I, escena I.

creo que no se hallará en ningún poeta griego nada tan lleno de atractivo y de animación, nada tan pintoresco como el último dicho pasaje de *Armida*, y el cuarto de *Roland*.

No sólo me parece la lectura de una oda cosa insípida comparada con esas obras maestras que hablan á los sentidos, sino que daría por este cuarto acto de Quinault todas las sátiras de Boileau, injusto enemigo de este hombre, único en su género, que contribuyó como Boileau á la gloria del gran siglo, y que sabía apreciar las obscuras bellezas de su enemigo, mientras que Boileau no sabía hacer justicia á las suyas.

Vuelvo á mis odas: son estancias y nada más; pueden divertir á un lector cuando hay en ellas ingenio y verdad; por ejemplo, someto á vuestra apreciación la siguiente estancia de Lamotte:

Les champs de Pharsale et d'Arbelle
 Ont vu triompher deux vainqueurs,
 L'un et l'autre digne modèle
 Que se proposent les grands cœurs;
 Mais le succès a fait leur gloire;
 Et si le sceau de la victoire
 N'eut consacré ces demi-dieux,
 Alexandre, aux yeux du vulgaire,
 N'aurait été qu'un téméraire,
 Et César qu'un séditieux.

Decidme si conocéis algo más verdadero ni más digno de ser sentido por un rey y por un filósofo. Píndaro no hablaba de esta suerte á Hierón, que le dió por sus alabanzas cinco talentos, evaluados en tiempo del gran Colbert, en mil escudos por talento, lo cual vale hoy el doble.

La oda grandiosa, ó mejor dicho, el himno magnífico de Horacio para los juegos seculares tiene una belleza de orden diferente. El poeta canta en él á Júpiter

ter, al sol, á la luna, á la diosa de los alumbramientos, á Troya, á Aquiles, á Eneas, etc. Sin embargo, no hay galimatías; allí no se ve ese amontonamiento de imágenes gigantescas, sembradas á la ventura, incoherentes, falsas, pueriles por su hichazón misma y que se hallan cien veces repetidas sin razón y sin tacto; este reproche no se lo dirijo á Píndaro.

Después de haber juzgado y hasta imitado muy bien á Horacio y Píndaro, y después de haber pagado al muy estimable M. de Chabanon el tributo de justicia que merece su prosa noble y armoniosa, que parece tan fácil á pesar del trabajo más penoso, habéis hecho otra clase de justicia. Habéis examinado con tanto gusto y delicadeza como prudencia y honradez, no sé qué sátira un tanto grosera, llamada: *Epistola de Boileau*. No la conozco sino por los pocos versos que de ella citáis y de que hacéis una crítica muy juiciosa. Veo que en dicha sátira son atacadas varias personas de gran mérito como M. de Saint-Lambert, Delille, Saurin, Marmontel, Thomas y De Belloy. Vos mismo recibís vuestra parte en las ligeras injurias que un joven escolar tiene la osadía de dirigir á todos los que mantienen hoy el honor de la literatura francesa.

¿Cómo sería recibido un escolar que se presentase en la Academia el día de la distribución de premios y que dijese en la puerta: Señores, voy á demostraros que sois los literatos más despreciables? Sería preciso empezar por tener importancia y reputación para atreverse á decir esto, y en ese caso no se diría.

Cuando la razón, el talento y las costumbres de ese joven hayan adquirido algo de madurez, comprenderá lo mucho que os debe por haberle llamado al orden. Verá que un satírico que no encubre con un talento eminente ese vicio, nacido del orgullo y la bajeza, vive

toda su vida encenagado en el oprobio; que se le odia sin temerle, que se le desprecia sin que inspire lástima; que se le cierran todas las puertas de la fortuna y la consideración; que los que le han alentado á emprender ese oficio infame, son los primeros en abandonarle, y que los malvados que enseñan á un perro á morder, no se encargan nunca de alimentarlo.

Si puede permitirse un poco de sátira es únicamente al que se ve atacado. Corneille, vilipendiado por Scudery, se dignó hacer un mal rondó contra el gobernador de Nuestra Señora de la Guardia. Fontenelle, insultado por Racine y Boileau, les dirigió algunos epigramas medianos. A veces hay que recurrir á la guerra defensiva; ha habido reyes que no se han contestado con esta guerra de necesidad.

En cuanto á vos, señor, me parece que sostenéis la vuestra con nobleza. Ilustráis al enemigo al mismo tiempo que triunfáis de él; os asemejáis á esos bravos generales que tratan á sus prisioneros con cortesía y les dan bien de comer.

Hay que confesar que la mayor parte de las disputas literarias son el oprobio de la nación.

Á LA EMPERATRIZ DE RUSIA

20 de Abril de 1773.

Señora, ahora más que nunca es vuestra majestad imperial mi heroína y muy por encima de la majestad. ¡Cómo! ¿en medio de vuestras negociaciones con Mustafá y de vuestros nuevos preparativos para batile en regla, cuando la mitad de vuestro genio debe atender á Polonia y la otra á Bukarest, os queda aún otro genio superior al de los miembros de vuestra

Academia de Ciencias, y que se digna dar á mi ingeniero las lecciones que esperaba de aquéllos? ¿Cuántos genios tenéis, pues? Tened la bondad de decirme en confianza. No os pido que me digáis si váis á sitiarse á Andrinópolis, muy fácil de tomar, mientras las tropas austriacas se apoderan de la Servia y de la Bosnia. Estos secretos no son de mi competencia, así como tampoco el licenciamiento de nuestros caballeros errantes. Me limito á reír cuando veo en una de vuestras cartas que deseáis conservarlos aún algún tiempo en vuestros Estados para que enseñen las buenas maneras en vuestras provincias.

El portal embovedado levantado sobre hielo y que subsiste desde hace cuatro años, me parece uno de los milagros de vuestro reino, pero también lo es de vuestro clima. Dudo mucho que en nuestros cantones fuese posible levantar un monumento semejante; en cuanto á la bomba llena de agua, estallaría con una fuerte helada lo mismo que en San Petersburgo.

Dícese que el termómetro de espíritu de vino ha marcado cincuenta grados bajo cero este año en vuestra residencia. Nosotros suizos pereceríamos, seguramente, si llegase á bajar aquí á veinte: nuestro mayor frío es de quince ó dieciséis, y este año no ha llegado á diez.

Me alegraré mucho de que vuestras bombas estallen en adelante sobre las cabezas de los turcos y de que el príncipe de Orlof levante arcos de triunfo, no sobre el hielo sino en el Atmeidan y en Estambul; y entonces haréis nacer en Grecia Fidias y Milciades.

Creo que Algarotti se engaña al decir que los griegos inventaron las artes. Perfeccionaron algunas y aun eso bastante tarde.

Existía, por otra parte, un antiguo proverbio, según

el cual los caldeos habían enseñado á los egipcios y éstos á los griegos.

Los griegos se civilizaron tan tarde, que se vieron obligados á aprender el alfabeto de Tiro cuando los fenicios comenzaron á comerciar con ellos y á edificar ciudades en Grecia. Estos griegos se servían antes de la escritura simbólica de los egipcios.

Otra prueba del espíritu inventivo de los griegos es que sus primeros filósofos iban á aprender á la India, y Pitágoras mismo aprendió allí la Geometría.

De la misma suerte, señora, van ya los filósofos extranjeros á tomar lecciones en San Petersburgo. El grande hombre que preparó la senda por donde marcháis y que fué el precursor de vuestra gloria, decía, con mucha razón, que las artes daban la vuelta al mundo y circulaban como la sangre en las venas. Vuestra majestad imperial parece hoy inclinada á cultivar el arte de la guerra, pero no desdeña las demás.

No creía, hace un mes, habitar aún el globo al que vos maravilláis. Doy gracias á la naturaleza que ha querido tal vez que viviese yo hasta la época en que os hayáis establecido en la patria de Orfeo y de Marte, es decir, hasta dentro de algunos meses; pero no me hagáis esperar más tiempo. Es preciso de todo punto que me marche. Moriré conservándoos el culto que he consagrado á vuestra majestad imperial. Dignese la inmortal Catalina aceptar siempre mi profundo respeto y seguir dispensando sus bondades al anciano enfermo de Ferney, que la idolatra á pesar de su respeto.

Á M. DIDEROT

Ferney, 20 de Abril de 1773.

Muy agradable sorpresa me ha causado, señor, el

recibo de una carta firmada Diderot, al volver de allende la laguna Estigia.

Figuraos cuál hubiera sido la alegría de un viejo soldado cubierto de heridas al recibir una carta de monsieur de Turena. La naturaleza me ha permitido pasar aún algún tiempo en este mundo; es decir, un segundo entre lo que se llaman dos eternidades, como si pudiese haber trescientas.

Vegetaré, pues, al pie de los Alpes un instante más en la corriente del tiempo que todo lo devora. Mi facultad inteligente se desvanecerá como un sueño, pero con el pesar de haber vivido sin veros.

Me enviáis las fábulas de uno de vuestros amigos. Si es joven respondo que hará carrera; si no lo es diríase de él que escribe con talento lo que inventó con genio. Es lo que se decía de La Motte. ¿Quién creería que hubiese aún una alabanza superior á ésta? Pues la hay. Precisamente es la que se tributa á La Fontaine. *Escribió con candidez.* Hay en todas las artes un no sé qué que es muy difícil de conseguir. Todos los filósofos del mundo, fundidos en uno solo, no hubieran conseguido producir la *Armida* de Quinault, ni los *Animales con Peste* que compuso La Fontaine casi sin saber lo que hacía. Hay que confesar que en las artes de genio todo es obra del instinto. Corneille escribió la escena de los Curiacios de la misma manera que un pájaro hace su nido, con la única diferencia de que el pájaro lo hace siempre bien, lo cual no nos sucede siempre á nosotros, míseros pigmeos. Monsieur Boisard parece un lindísimo pájaro del Parnaso, á quien la naturaleza ha dotado de mucho juicio, exactitud y delicadeza en lugar de instinto. Os envío mi carta de gracias para él. Mi enfermedad, cuyas consecuencias sufro aún, no me permite ser difuso. Estad seguro de

que moriré considerándoos como un hombre que ha tenido valor para ser útil á los ingratos y que merece los elogios de todos los sabios. Os amo y os estimo como si yo lo fuera.

EL VIEJO ENFERMO DE FERNEY.

AL SEÑOR CABALLERO HAMILTON

EMBAJADOR EN NÁPOLES

Ferney, 17 de Junio de 1773.

Caballero, el público os debe el conocer hoy el Vesubio y el Etna mucho mejor de lo que eran conocidos en la época de las Cíclopes, y más tarde en la de Plinio. Las montañas que habéis visto desde mis ventanas de Ferney son todo lo contrario. Vuestro Vesubio y vuestro Etna están llenos de caprichos: parecen dos hombrecillos demasiado vivos que con frecuencia se irritan sin motivo, mientras que nuestras montañas, cubiertas de ventisqueros, diez veces más altas y cuarenta veces más extensas, presentan siempre el mismo aspecto en medio de la misma eterna calma. Lagos siempre helados, de cien millas de longitud, se extienden en la región media del aire en medio de blancas rocas, por encima de las nubes y del trueno sin que haya habido en ellos alteración ninguna desde hace miles de siglos. No hay gran distancia desde el horno en que habitáis á los ventisqueros de Suiza; y, sin embargo, ¡qué enorme diferencia entre los terrenos, entre los hombres, entre los gobiernos y entre Calvino y San Jenaro!

He visto con dolor que no habéis podido hacer componer un termómetro en Sicilia. ¡Qué diría Arquimede-

des si volviese á Siracusa! ¡Qué dirían los Trajanos y los Antoninos si volviesen á Roma!

Me parece cosa muy sencilla y natural que los volcanes produzcan montículos; los que las hormigas levantan en nuestros jardines son mucho más maravillosos. Esas montañitas, formadas en ocho días por insectos, tienen doscientas á trescientas veces la altura de sus arquitectos. Pero en cuanto á nuestras venerables montañas, únicas dignas de este nombre, de donde parten el Rin, el Danubio y el Pó, esas enormes masas parecen tener más consistencia que Monte-Nuovo y que la supuesta nueva isla de Santorín. La gran cadena de elevadas montañas que coronan el mundo en todos sentidos me ha parecido mucho más antigua que la tierra.

Son los huesos de este gran animal; se moriría de sed si no tuviera ríos, y no tendría ningún río, á no ser por esas montañas que le sirven de depósito perpetuo. Algún día se burlarán de nosotros, cuando sepan que hemos tenido charlatanes que han asegurado que las corrientes de los mares habían formado los Alpes, el monte Tauro, los Pirineos y las Cordilleras.

Estos últimos días todo París estaba alarmado; asegurábase que del 20 al 21 de Mayo vendría un cometa á deshacer nuestro globo. ¿Se ha diferido esta catástrofe por compasión ó por mala voluntad? *To be or not to be, that is the question.*

AL SEÑOR MARISCAL DUQUE DE RICHELIEU

Ferney, 26 de Agosto de 1773.

Pongo á los pies de mi héroe una tercera carta á la nobleza de su antiguo gobierno. Aun cuando el Parlamento condenase á monsieur de Morangiés, yo le consideraría siempre inocente en el fondo. Vos sois maris-

cal de Francia y juez del honor; sois par del reino y juez de todos los ciudadanos. Dictad, pues, el fallo.

Si me atreviese á pedir otro favor á nuestro decano, le conjuraría á que no condenase una *Electra*¹ compuesta con algún cuidado, con arreglo á la de Sófocles, sin episodios, sin ningún amor ridículo, escrita con una pureza que un decano de la Academia, un Richelieu, debe proteger; representada con tanto éxito por mademoiselle Clairón y que, por último, mademoiselle Raucourt podría realzar más todavía. Os suplicaría que procuraseis reconciliarla conmigo, puesto que vos mismo me habéis atraído su cólera.

Os suplicaría que no me procuraseis el disgusto de anteponerle una ridícula aventura de amores insípidos en versos alóbroges; una *Electra*² que exclama:

Je ne puis y souscrire; allons trouver le roi,
Faisons tout pour l'amour s'il ne fait rien pour nous.

Una Ifianasis, que dice:

J'ignore quel dessein vous a fait révéler
Un amour que l'espoir semble avoir fait parler.

En fin, me lisonjeo esperando que no daréis esa preferencia humillante á un muerto sobre un moribundo que os ha profesado el mayor afecto durante más de cincuenta años.

Ya sabéis que mi único refugio, en la situación en que me encuentro, sería el desarmar á las personas predisuestas contra mí, inspirándoles alguna indulgencia para con mi escaso talento.

Estoy desesperado de tanto importunaros con mis quejas. No tengo consuelo sino hablándoos de mi respeto y de mi adhesión inviolable.

1. La tragedia de *Orestes*.
2. La *Electra* de Crebillón.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Aodo. 1625 MONTERREY, MEXICO

AL SEÑOR CONDE DE MILLY

Ferneý, 25 de Noviembre de 1773.

Un viejo enfermo octogenario recibe la carta con que se digna honrarle el señor conde de Milly. Recuerdo, en efecto, caballero, haber escrito en otro tiempo la broma titulada *l'Homme aux quarante écus*. No sería extraño que dicha idea hubiese surgido también en la cabeza de otra persona. Un día le dijeron á un tal Autreau: « He aquí á un señor que pretende ser autor de vuestra pieza », á lo que contestó: « ¿Por qué no la ha de haber hecho, puesto que yo mismo la he hecho también? »

Si la persona de quien me habláis ha escrito también sus *Quarante écus*, harán ochenta con los míos. No hay con ello para vivir un año; pero hay que tener un oficio, y eso es precisamente lo que no piensan suficientemente los que no tienen fortuna y sí mucha vanidad. Es todo lo que puedo deciros acerca de este ligero asunto de que me habláis.

Tengo el honor de ser, etc.

Á M. DE MARMONTEL

29 de Noviembre de 1773.

Suplico con el mayor interés á Belisario que haga suceder á monsieur Gaillard, al joven Moncrif, á quien iré á ver muy pronto.

Con respecto al emperador Kien-long, creo que hay que darle un puesto de miembro honorario en la Academia de Inscripciones, que enriquecerá con sesenta especies de caracteres.

¿Creéis, mi querido colega, que monsieur Riballier se presentará esta vez á solicitar el puesto vacante?

AL SEÑOR BARÓN DE ESPAGNAC,
GOBERNADOR DEL HOTEL REAL DE LOS INVÁLIDOS

Ferneý, 15 de Diciembre de 1773.

Lo primero que he hecho, caballero, al recibir su libro ¹ ha sido pasar casi toda la noche leyéndolo con mis ojos de ochenta años, y el primer deber que cumpla al despertarme es daros las gracias por el honor y el placer extremo que me habéis procurado.

He leído ya lo que se refiere á la guerra de Bohemia; y no he podido menos de llegar hasta la batalla de Fontenoy, entre tanto que tengo tiempo de volver á leer toda la obra de cabo á rabo. Me habían dicho que dabais ideas muy distintas de las mías acerca de esta memorable batalla de Fontenoy; me disponía ya á rectificar, pero he visto con la mayor satisfacción que os dignáis justificar el pequeño resumen que di de ella á la vista del conde de Argensón. Sólo un oficial como vos, caballero, que habéis servido con tanta distinción, puede entrar en todos los detalles interesantes que no me permitiría desarrollar mi ignorancia del arte de la guerra. Considero vuestra historia como una enseñanza para todos los oficiales y como un gran aliciente para servir al Estado. Hacéis justicia á todos sin herir el amor propio de nadie. Unicamente procuráis hacer notar muy cuerdamente, por medio de las cartas del mariscal, cuán superior era á los generales de Carlos VII, elector de Baviera.

1. Historia del mariscal de Sajonia.

No hay oficial herido ó muerto en el curso de dicha guerra cuyo nombre no se halle mencionado, ya en las notas, ya en el cuerpo de la historia.

Vuestra obra será leída por toda la nación, y principalmente por aquellos que se dedican á la guerra. Observáis mayor exactitud en todas las fechas; este es el menor de vuestros méritos, pero es cosa muy importante y se echa de menos en los *Comentarios* de César y hasta en Polibio.

No podéis emplear más dignamente, caballero, los nobles días de que disfrutáis, que enseñando á la nación por la cual habéis combatido. Aceptad el testimonio de mi agradecimiento por el honor que me habéis hecho y el respeto con que seré, mientras me quede vida, vuestro humildísimo y obedientísimo servidor.

P. S. Acabo de leer el retrato del mariscal de Sajonia, que se halla al fin del segundo volumen; es de mano maestra y escrito cual conviene. Me atrevo á esperar que se hará muy pronto una nueva edición en cuarto con láminas que me parecen absolutamente necesarias para la instrucción de todo el ejército.

AL SEÑOR CONDE DE ARGENTAL

Ferney, 18 de Diciembre de 1773.

Creo, mi querido ángel, haberos dicho en mi última carta cuánto he sentido la muerte de M. de Chauvelin. Ya han desaparecido los tres Chauvelin. Este último era el más amable y el más razonable de ellos. Todo lo que vemos perecer nos suministra motivos para reflexionar que nada tienen de alegres. Estoy casi avergonzado de vivir, y no acabo de explicarme por qué tengo aún afición á la vida.

Comprendo que soy un mal padre, y que me sucede todo lo contrario que á los buenos ancianos. Á medida que tengo más años y que aumentan mis sufrimientos, siento más despego hacia mis hijos.

He aquí, sin embargo, de qué manera desearía terminar *Sofonisbe* por la que os dignáis interesaros :

..... Ils sont morts en Romains
Grands Dieux, puissé-je un jour, ayant dompté Carthage
Quitter Rome et la vie avec même courage.

Paréceme que sería demasiado seco terminar con esta sola frase: *Ils sont morts en romains*. La concisión excesiva me desagrada tanto como la demasiada amplitud. Por otra parte, es como una especie de prefacio de lo que ocurrió después á Escipión Africano.

En cuanto á la escena del matrimonio, no puedo hacer nada, ni sé dónde tengo la cabeza.

Pasadlo bien vos y Madama de Argental. Vuestra es la vida porque os creo felices, en cuanto es posible serlo; en cuanto á mí, poco importa.

Respetos y cariño.

AL SEÑOR MARQUÉS DE FLORIÁN

3 de Enero de 1774.

Recibo vuestra carta del 26 de Diciembre, mi querido amigo. Hace mucho tiempo que no os había escrito: he acabado mal el año último y he empezado mal el presente; mis achaques aumentan al paso que disminuye el vigor para sobrellevarlos.

Para terminar el cuadro tenemos que sostener un proceso muy considerable, muy desagradable y muy impertinente contra la persona que nos había vendido el *Ermitage*, y que quiere volver á ocupar su finca al cabo

de catorce años. Ya véis que la peregrinación de esta vida no está sembrada de rosas, y que los últimos días de ella suelen ser los más penosos. Por vuestra parte, no dejáis de encontrar también alguna hora de mal camino en medio de vuestra carrera; pero sabéis salir del paso con facilidad. La pepita de vuestro canario ¹ curará más bien merced á la naturaleza y á vuestro cuidado que al arte de los médicos. Hay centenares de personas que han vivido largos años aquejadas por humores erráticos, que producen ya jaquecas, ya pérdidas de sangre que afectan al pecho y que al fin se disipan por sí mismos.

Siempre he creído que los remedios activos y excitantes no valen nada para nosotros, querido canario, cuya sangre es demasiado viva y ardiente. Este principio me hace creer que las aguas minerales, cualesquiera que sean, le serían muy perjudiciales; ellas han causado la muerte de madame de Egmont. Me parece evidente que no hay nada que convenga tanto como el régimen. Toda la sangre circula por completo por el cuerpo humano setecientas veces al día: toda la medicina consiste pues en no cargar dicha circulación, que nos da la vida, con partículas extrañas que no contribuyen ni á alimentar, ni á lavar nuestro cuerpo. Una ligera purga de cuando en cuando ayuda á la naturaleza á desprenderse de lo que la molesta, pero no hay que sobrecargarla ni irritarla nunca: he aquí por qué he sentido siempre completa aversión al licor rojo de vuestro médico suizo, y gran desprecio hacia un hombre que no se atreve á declarar el remedio que os da. El ridículo charlatanismo pretende adivinar las enfermedades y los temperamentos por medio de los orines; es una vergüenza para la medicina y la razón. Esperaba

¹ Madama Florián, llamada así porque cantaba muy bien.

que la bondad del temperamento de nuestro canario le preservase del daño que pudiera hacerle el licor rojo del suizo; pero, en fin, puesto que os habéis desembarazado de ese licor peligroso, puedo hablaros con entera libertad.

Me he comido uno de vuestros hortelanos, y espero, con confianza, que el pequeño canario se pondrá tan gordo como ellos cuando tenga más tranquilidad. Porque lo que disminuye las carnes es la inquietud, el cambio continuo de médicos y el paso rápido de un régimen á otro; pero la tranquilidad hace recobrar lo que quitó la inquietud.

Os abrazo á ambos con ternura y os doy cita para la primavera en vuestra linda jaulita de Berney.

No hay nada nuevo, á no ser el nuevo año, durante el cual os deseo las mayores felicidades.

Sabréis, sin duda, que el Parlamento ha echado de su seno al señor Goezmann. No he visto nada más singular, más fuerte, más atrevido, más cómico, más interesante y más humillante para sus adversarios, que las Memorias de Beaumarchais.

Se bate con diez ó doce personas á la vez, y les hace morder el polvo, del mismo modo que Arlequin furioso derrotaba á una ronda de policía. Este libro os distraería mucho, si tuvierais tiempo para distraeros. ¹

1. La buena sociedad se admiraba de la variedad de tonos del autor de las *Memorias*, cuya alegría no era, sin embargo, sino un refinamiento de desprecio hacia todos sus cobardes adversarios. Por otra parte, sabía muy bien que no había en París más que este medio de hacerse leer: cambiando de estilo á cada página, divirtiendo á los indiferentes, llegando al corazón de las personas sensibles y razonando con los fuertes, hasta tal punto, que se llegó á creer que dicha obra era producto de varias plumas.

(Nota del mismo Beaumarchais.)

Adiós: os escribo en la cama, de la que casi no salgo.

AL SEÑOR CONDE DE ARGENTAL

31 de Enero de 1774.

Tan pronto como recibí la carta en que mi querido ángel me ordena que le envíe los *Fragments indous et français* con sobre á M. de Sartine, me apresuré á tomarme esta libertad con confianza. El paquete va confiado á la aventura. Más vale tomarse alguna libertad con M. de Sartine, que con el hipopótamo.¹ No concibo cómo han podido anunciar en París, bajo mi nombre, la *Sophonisbe*, de Mairet. No he dado nunca esta obra sino como de Mairet, algo retocada, para excitar á los jóvenes á que refundan las hermosas piezas de Corneille, tales como *Atila*, *Agésilao*, *Pertharite*, *Teodora*, *Pulqueria*, *el Vellocino de Oro*, etc. Al dar *Sophonisbe* con mi nombre, han despertado á la canalla. Soy de parecer que no hay que precipitar la retirada, ni dejar languidecer las representaciones, sino adoptar un justo medio, á fin de que Le Kain no se vea defraudado.

Persisto en creer que Beaumarchais no ha envenenado á nadie, y que un hombre tan alegre no puede ser de la familia de Locusta.²

1. M. de Voltaire designa á Marin con este mote, tomado de las *Memorias* de Beaumarchais.

2. Esta opinión de Voltaire produjo en su tiempo un anécdota bastante divertida. Si la mencionamos aquí, es porque pinta á la vez la época, las costumbres y los caracteres. Representaban en el Teatro Francés *Eugenia*. Un elegante de las lunetas, después de haber hecho pedazos la pieza, la emprendió con el autor. Entre otras cosas refirió que, habiendo comido aquel mismo día en casa del señor conde de Argental, había oído leer una carta

Me hallo muy apurado con mis genoveses y mi marqués de Viale. ¡Dios os preserve de pretender fundar jamás una colonia! Es una empresa terrible, y el mismo Terray se vería en un gran apuro.

Beso las alas de mis ángeles.

AL SEÑOR MARQUÉS DE FLORIÁN

9 de Febrero de 1774.

Me lisonjeo, querido amigo, con la esperanza de que madama de Florián no se verá reducida á guardar cama como yo; hace largo tiempo que no salgo de la mía sino á las ocho de la noche. Es de esperar que nuestro canario volverá en la primavera á animar su jaula de Ferney, que tanto habéis embellecido y que jugará con las flores que habéis plantado.

En cuanto á mi enfermedad, es incurable, pues data

de Voltaire, el cual se obstinaba, no se sabe por qué, en que el tal Beaumarchais no había envenenado á sus tres mujeres. Pero, añadió, este es un hecho que no admite duda entre los señores del Parlamento.

El hombre á quien dirigía la palabra hacía señas con la mano, riendo á sus vecinos para que no lo interrumpiesen; todos se levantaron, y él respondió friamente: «Están cierto, caballero, que ese miserable á envenenado á sus tres mujeres, á pesar de que no ha estado casado más que dos veces, que se sabe además en el Parlamento Maupeou, que se ha comido á su buen padre en salmorejo, después de haber ahogado á su madre, y estoy tan seguro de ello como que yo soy el mismo Beaumarchais, que os haría prender en el acto, para lo cual me sobran testigos, si no echase de ver por vuestro aire de espanto que no sois uno de esos astutos malvados que fraguan semejantes atrocidades, sino uno de esos habladores que sirven para propagarlas, con gran peligro de sus personas.»

Todo el mundo aplaudió, y el protagonista se apresuró á desaparecer sin pedir que le devolvieran el dinero.